

4° DOMINGO DE PASCUA: El Buen Pastor y la Puerta

El texto sostiene que Jesús, como Buen Pastor y Puerta, no es solo una imagen devocional sino un criterio exigente y concreto: para los pastores de la Iglesia, el parámetro de toda autoridad y ministerio; para los fieles, el acceso único y liberador a una vida plena; y para la comunidad entera, el recordatorio de que sin contacto vital con Cristo —su voz, su evangelio, su espíritu— ninguna estructura eclesíástica puede dar fruto.

De arriba hacia abajo —de Cristo modelo perfecto a sus pastores que deben imitarlo— y **de dentro hacia afuera** —de la escucha personal de la voz de Cristo a la misión y el testimonio en el mundo. La tensión central es entre **la autoridad institucional y la autoridad evangélica**: el texto no niega la primera, pero subordina radicalmente todo ministerio a la segunda. El criterio último es siempre la voz de Cristo, no el peso de la tradición ni la novedad de las modas.

"Yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante" (Jn 10,10)

I. Jesús, el Pastor que conoce y precede

En el 4° Domingo de Pascua la Iglesia contempla a Cristo con la imagen más antigua y cargada de afecto de toda la Escritura: el Pastor. No es una imagen sentimental. Es una imagen exigente que define un tipo de relación única entre quien guía y quienes son guiados: conocimiento personal, precedencia en el camino, entrega sin reservas.

El Buen Pastor "conoce a sus ovejas y las llama por su nombre." No administra un rebaño anónimo: conoce a cada persona en su situación, su historia, su fragilidad. "Va delante de ellas": no manda desde atrás ni delega lo que él mismo no hace. Precede, da la cara, abre camino. Y si es necesario, da la vida. No es un asalariado que cuida el rebaño mientras no haya peligro: es el pastor que permanece cuando todo se pone difícil.

Esta imagen no describe solo a Jesús: describe el tipo de liderazgo que Él inaugura y que toda autoridad en la Iglesia está llamada a ejercer.

II. Cristo, la Puerta: acceso, libertad, alimento

Junto al Pastor, el texto del evangelio de Juan presenta otra imagen menos conocida pero igualmente profunda: Jesús es la Puerta. Una puerta abierta, no un muro ni un control. Acceso, acogida, mediación.

El evangelista desarrolla tres consecuencias de entrar por esa puerta. Primero: "quien entre por mí se salvará." No echará a perder su vida. La orientará hacia lo que verdaderamente importa. Segundo: "podrá entrar y salir," tendrá libertad de movimientos, no estará encerrado sino que se moverá con la libertad que da el Espíritu. Tercero: "encontrará pastos," tendrá alimento sólido y abundante para vivir, no pasará hambre espiritual.

Frente a un mundo que propone muchas puertas —del consumo, del éxito, del poder, del placer— el texto afirma con serenidad: no todas las puertas llevan al mismo lugar. La que conduce a una vida plena, libre y alimentada es la que abre Cristo.

III. El criterio de los pastores legítimos

Jesús traza en el evangelio una distinción clara: hay quien entra por la puerta y hay quien salta por otra parte. Los primeros son pastores legítimos; los segundos, extraños que vienen a robar, matar y hacer daño. El criterio no es la investidura externa ni el cargo, sino la relación real con Cristo y el tipo de vínculo que establecen con la comunidad.

El texto aplica esto con franqueza a todos los que ejercen alguna forma de ministerio hoy —obispos, presbíteros, diáconos, catequistas, padres, educadores—, y señala tres cualidades indispensables. El verdadero pastor entra por la puerta legítima: no se arroga el ministerio sino que lo recibe y lo ejerce al servicio de los demás. Conoce a sus ovejas por su nombre: no las trata "gregariamente" sino con respeto a la singularidad de cada persona. Y va delante: no administra desde la comodidad sino que precede con su ejemplo de oración, servicio y entrega.

El texto no elude la crítica: en no pocas iglesias abundan los pastores "instalados", los que "hacen carrera", los que van por detrás en lugar de ir delante, los que tienen poder pero carecen de autoridad. El profeta Ezequiel ya lo dijo: "Me voy a enfrentar con los pastores que se apacientan a sí mismos." La conducta de los ministros mercenarios es lo que más daño hace a la Iglesia y al Evangelio.

IV. La voz de Cristo: criterio por encima de todo magisterio humano

El texto plantea una pregunta de fondo que atraviesa toda la reflexión: ¿qué voz escuchamos en la Iglesia? Las ovejas siguen al pastor porque reconocen su voz. No cualquier voz. No el peso de las tradiciones ni la novedad de las modas, no los intereses de los eclesiásticos ni los gustos de los teólogos. La voz de Cristo, en su originalidad y pureza.

Esto exige una distinción necesaria: no toda intervención episcopal, no toda predicación, no todo escrito teológico transmite fielmente la voz de Jesús. El magisterio, la predicación y la teología son medios, no fines en sí mismos. Su tarea es señalar hacia Cristo, no sustituirlo. Como recordaba Agustín: "Tenemos un solo maestro. Bajo él, todos somos discípulos. El verdadero Maestro habla desde dentro."

La pregunta que el texto deja abierta es urgente: ¿la palabra que se escucha en nuestras comunidades proviene de Galilea? ¿Nace del Espíritu del Resucitado? ¿Hace arder el corazón o solo llena los oídos?

V. La Puerta y el mandato de vivir

El texto concluye con una propuesta existencial que no suele asociarse con la imagen del Pastor pero que brota directamente de ella: "Yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante." Entrar por la Puerta que es Cristo no es resignarse ni reducirse: es acceder a una forma de vida más plena, más libre, más enraizada.

El texto recuerda con belleza que el primer mandato divino no está escrito en tablas de piedra sino grabado en lo más hondo del ser: vivir. Acoger la vida como regalo irrepetible, desplegar todas sus posibilidades, crecer como personas plenamente humanas. La fe no es un freno a este mandato: es su mejor aliado. Porque Dios, antes que nada, "es alguien que hace vivir."

ASPECTOS NOTABLES

1. El Buen Pastor como modelo de liderazgo: conocimiento personal, precedencia y entrega. La imagen evangélica no es decorativa: define un tipo concreto de autoridad que se ejerce desde el conocimiento de cada persona, la precedencia en el camino y la disponibilidad a dar la vida. Es el antídoto preciso contra todo liderazgo clerical que administra desde la distancia, se protege con el cargo o antepone los propios intereses a los del rebaño. Su valor pastoral hoy, en un contexto eclesial marcado por la pérdida de credibilidad, es altísimo.

2. La Puerta como imagen de libertad, no de control. Frente a las lecturas autoritarias de la pertenencia eclesial, el texto subraya que la Puerta que es Cristo garantiza libertad de movimientos, alimento y salvación —no encierro ni dependencia. Entrar por Cristo no es someterse a una institución: es acceder a un espacio de vida más plena. Esta dimensión liberadora del seguimiento de Jesús merece ser recuperada pastoralmente con fuerza.

3. La crítica a los pastores mercenarios: una herida abierta en la Iglesia. El texto no evita nombrar el problema: abundan los ministros que "hacen carrera", que van por detrás en lugar de ir delante, que tienen poder pero carecen de autoridad moral. Esta crítica —respaldada por el profeta Ezequiel y por el propio Jesús— no es anti-ecclesial sino profundamente evangélica. Ignorarla o suavizarla sería otra forma de no escuchar la voz del Pastor.

4. La distinción entre la voz de Cristo y el ruido institucional. Uno de los aportes más lúcidos del texto es la distinción entre la voz de Jesucristo y las voces humanas que se pronuncian en su nombre. No todo magisterio, predicación o teología transmite fielmente esa voz. El criterio de discernimiento no es la jerarquía del hablante sino la fidelidad al Evangelio. Esta distinción es especialmente pertinente en un momento en que la credibilidad de muchas voces eclesiales está en crisis.

5. La inculturación como exigencia del "conocer a las ovejas por su nombre." El texto conecta la imagen pastoral con la tarea de la evangelización inculturada: así como el pastor conoce a cada oveja en su singularidad, la Iglesia está llamada a conocer, respetar y partir de la cultura, el lenguaje y la situación real de cada persona y pueblo. El ejemplo de Pablo y Bernabé —que adaptaban su predicación a judíos y paganos— sigue siendo modelo de una pastoral que no impone un molde único sino que encarna el Evangelio en cada contexto.

6. El mandato de vivir: la fe como principio de vida plena, no de resignación. El texto cierra con una afirmación que merece ser subrayada con fuerza: el primer mandato de Dios es vivir. Y la fe cristiana, lejos de ser una carga o una renuncia, es el camino más directo hacia una vida más plena, más libre y más enraizada. Muchos creyentes no han descubierto esto por experiencia personal. La pastoral tiene aquí una tarea urgente: mostrar con hechos que Dios es, antes que nada, "alguien que hace vivir."

El 4° Domingo de Pascua desplaza la mirada desde la experiencia del encuentro personal con el Resucitado —centro de los tres domingos anteriores—

hacia la estructura comunitaria y ministerial que ese encuentro genera: una Iglesia de pastores que conocen y preceden, de fieles que escuchan la voz de Cristo, y de una vida que se vive desde la abundancia y no desde el miedo.